

BARÓS

Desde Jaca, en dirección Sabiñánigo por la N-330, después de pasar las dos instalaciones deportivas que constituyen las Pistas de Hielo de Jaca, anejas a la carretera, toparemos con una rotonda desde la que, tomando el desvío de la derecha, hallaremos, a una distancia de no más de 3 km, la pequeña localidad de Barós, sita entre los barrancos de las Tejerías y Riazó. A 993 m de altitud se despliega, en un llano, un caserío variopinto, que mezcla lo tradicional con lo moderno, configurando una estética clásica, sin estridencias. Desde allí, en la orilla izquierda del río Gas y bajo el perfil septentrional de la Peña Oroel, podremos contemplar la ciudad de Jaca y la cordillera pirenaica que la protege.

Como nos explica Ricardo Mur, "el topónimo prerromano "Barós", como tantos otros del Campo de Jaca, nos habla sobre lo remoto, y por tanto oscuro de la población de estos lugares. Barós quizá signifique "huerta fría" (del vascón "baratz" –huerta– y "otz", frío)."

Tenemos noticias de su existencia ya en el siglo XI, ya que es en 1063 cuando, por decisión real, la *ecclesiam de Barosse* se une a la de San Pedro de Jaca; sin embargo, este documento recogido en la *Colección diplomática de la catedral de Huesca*, se trata de una falsificación. En cambio, otro documento de 1062, incluido en la citada colección diplomática, nombra a *Scemeno, monako de Barosse*. Gracias a la recopilación de Antonio Durán sabemos que en marzo de 1084 el rey Sancho Ramírez de Aragón ofrece a Jaca la villa de Barós. Se constata así la dependencia existente entre Barós, y la citada capital del nascente reino de Aragón.

En los trabajos de recopilación de Durán Gudiol, Ubieto Arteta, y otros, aparecen los nombres de personajes originarios o asentados en Barós, como por ejemplo el *senior* Sancho Aznárez, García Fortuñones, Domingo, Juan, Toda u Oria, sin aportar datos significativos para la historia del lugar. Consta como priorato de la catedral de Jaca en 1279 e iglesia del arciprestazgo del Campo de Jaca. Hasta la remodelación de las diócesis aragonesas, en 1571, formaba parte de los bienes del obispado de Huesca. Tras esta fecha pasará a la diócesis de Jaca.

Un viajero francés del siglo XIX, Saint-Saud, menciona en sus cuadernos de viaje esta pequeña y encantadora localidad. Con motivo de sus excursiones desde Jaca a la Peña Oroel, en junio de 1881, visita con atención esta villa tan cercana a la capital. Dato a remarcar, que muestra la relevancia del lugar y la hospitalidad de sus vecinos.

Iglesia de San Fructuoso

AL FINAL DE LA CALLE MAYOR DE BARÓS, frente al recién restaurado lavadero, se alza señorial el templo dedicado a San Fructuoso. Han sido muchos los estudiosos que han sentido una gran fascinación por tan curioso monumento lleno de incógnitas, lleno de ese embrujo que sólo el románico sabe aglutinar entre sus muros. Los primeros en dar a conocer la iglesia de Barós fueron Francisco Íñiguez Almech y Rafael Sánchez Ventura, cuyo artículo publicado en el año 1933 en la revista *Archivo Español de Arte y Arqueología* rescató del olvido algunos monumentos de la zona, entre los que se encontraba el que actualmente nos ocupa.

También acaparó el interés de Antonio Durán Gudiol, Ángel Canellas y Ángel San Vicente, Manuel Gómez de Valenzuela o Ricardo Mur, pero quien con más interés y profundidad estudió el monumento fue Fernando Galtier Martí,

a quien seguirá este artículo en la gran mayoría de interpretaciones de este magnífico ejemplo de un románico híbrido, a caballo entre la tradición lombarda y jaquesa.

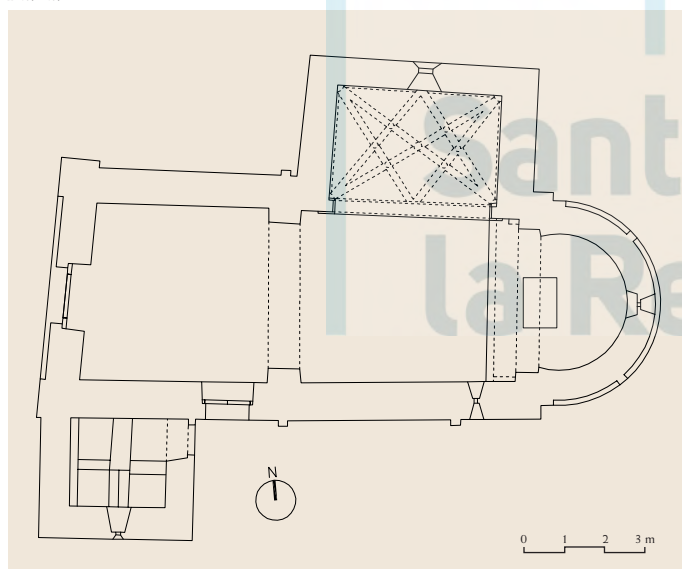
Su origen románico no fue óbice para que, a lo largo de los siglos, los enriquecimientos y reformas se sucedieron consecutivamente. A mediados del siglo XVI se abre una capilla gótico-renacentista junto al ábside, lo que conllevó la demolición parcial del paramento norte; en el siglo XVII se edifica, seguramente, la primitiva sacristía en el muro meridional, que fue derribada en 1981 y cuyo antiguo acceso, hoy cegado, todavía resulta visible al interior; del siglo XVIII data la torre levantada a los pies, y del siglo XIX, una lonja y coro superpuestos a poniente, desaparecidos en la última restauración.

Su perfil actual es resultado del último proyecto de restauración, iniciado en 1991, promovido por la Asociación



Vista general

Planta



Alzado sur



Sancho Ramírez y subvencionado en su mayor parte por la Diputación General de Aragón. Fueron los especialistas Roberto Benedicto Salas, arquitecto restaurador, y Fernando Galtier Martí, catedrático de Historia del Arte, quienes dirigieron este ambicioso y delicado plan de recuperación monumental. Sus objetivos se centraron en tres puntos fundamentales: sustitución de la cubierta de la nave, restauración del ábside y, por último, demolición de la lonja y coro y restitución del imafrente en su parte superior.

Hoy, al acercarnos al monumento, distinguimos un templo que nos sorprende por su rotunda presencia, que guarda una estructura semejante a otros ejemplos del entorno jaqués, aunque con ciertas peculiaridades que lo hacen especial. Su única nave rectangular se remata en un ábside atípicamente ultrasemicircular al interior, previa transición a través de un presbiterio atrofiado no acusado en planta. Ambos espacios reciben cubrición abovedada, de medio cañón y de horno, respectivamente.

Posee dos accesos, uno en el imafronte, abierto en el siglo XIX, y el original románico, en el paramento sur, con la habitual estructura en arco de medio punto coronada con dobladura lombarda al exterior, mientras al interior, posee dintel, tímpano y doble arco de medio punto en gradación. Los paramentos murales son de sillarejo aparejado a soga, de factura regular, con golpes de puntero en su labra, como bien nos hace observar Fernando Galtier.

La zona de la cabecera reúne algunas de las peculiaridades más interesantes del conjunto, tanto al exterior como al interior. Causa de esta notable notoriedad es su célebre decoración escultórica, exquisita teniendo en cuenta que se trata de un edificio de reducidas dimensiones.

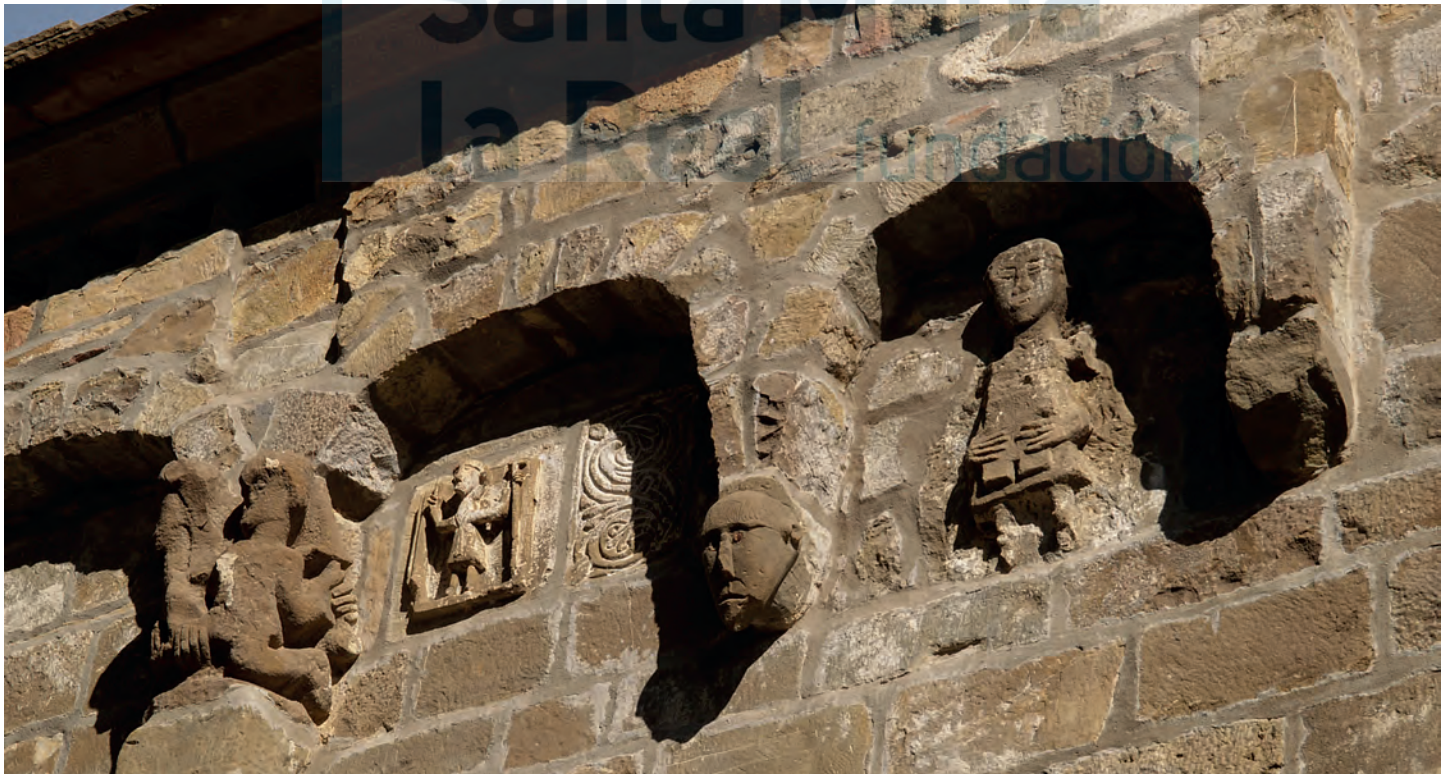
El ábside, que posee menor altura que la nave, es de planta de herradura al interior y semicircular al exterior. La decoración viene compartimentada teniendo en cuenta la disposición de tres bandas lombardas delimitadas por dos lesenas mediales y dos marginales. Coronando estas bandas, nueve arquillos se distribuyen en dos series binarias marginales, y otra de cinco en la banda central. Sobre los arquillos destaca un motivo poco repetido en los templos circundantes: una hilada de dientes de sierra que se desarrolla entre dos listeles, de manera que el superior sirve de apoyo a dos cornisas sobre las que descansa el tejeroz.

El hastial o piñón este, resultado del desnivel entre la nave y el ábside, aparece decorado por una serie de cinco arquillos sujetos por sencillas ménsulas, hallándose cobijados por una banda lombarda y dos lesenas marginales. Ahí, justo



Ábside

Relieves del muro sur de la nave





Relieve del muro sur de la nave

debajo del piñón, destaca sobremedida el arquillo central, donde se abre un óculo que cubija una ventana cruciforme; mientras, las demás arcuaciones son rampantes. A pesar del recrecimiento al que fue sometido este hastial, en el ángulo sureste se han conservado un par de sillares con ajedrezado jaqués, señal de ese carácter híbrido que antes señalábamos.

En el paramento sur, muy cerca del ábside, se encuentran algunas de las famosas placas de decoración escultórica que hacen de este monumento un edificio singular. El muro de mediodía se decora con dos bandas lombardas entre las que se despliegan siete arquillos ciegos, bajo los cuales se sitúan estos excelentes motivos, sin olvidar las ménsulas, figuradas a su vez. No falta el friso de dientes de sierra antes observado en el ábside, y como en aquella zona, aquí también se conservan sillares con ajedrezado jaqués.

Bajo estos siete arquillos contamos con un total de seis piezas escultóricas de gran interés. La primera de ellas, situada más al Oeste, cumple la función de ménsula. Se trata de una cabeza de caballo en bulto redondo que presenta una labra exquisita: ojos redondeados, puntiagudas orejas, unos arreos muy realistas, etc. Junto a ella, una de las piezas más curiosas y más castigadas por las inclemencias del tiempo, la escena de una acalorada lucha entre dos personajes coronando la lesena medial.

Cobijada en el sexto arquillo del paramento sur, la primera de las placas muestra un personaje definido en un



Ménsula con cabeza de caballo

alorrelieve bastante cuidado: viste una túnica que le llega hasta las rodillas, y sobre ella cae una estola. De un cuerpo desproporcionado emerge una cabeza excesiva en la que se sugieren algunos rasgos con sumarios trazos. La figura se halla en tensión, con los brazos levantados, uno en actitud de bendecir, y el otro sosteniendo un báculo en forma de T o tau; algunos lo identifican con la efigie de un abad. Antes de pasar al último arquillo, completa el anterior una placa con motivos de entrelazo, una decoración sinuosa a base de curvas y contracurvas.

Casi en el enlace del paramento sur con el ábside, el séptimo arquillo nos ofrece uno de los personajes más enigmáticos. En esta placa, una figura en bajorrelieve rebosa hieratismo. Aunque inexpresiva, algunas incisiones marcan ojos, nariz y boca. Bajo su vestimenta emergen unas desproporcionadas manos que sujetan un objeto, probablemente un libro. Por último, un rostro humano hace las funciones de ménsula. Su aspecto, definido por el alargamiento de sus facciones, expresa una profunda tristeza.

Todos estos motivos, su estilo y definición, se han puesto en relación con otros edificios estilísticamente híbridos de la zona, como por ejemplo San Adrián de Sásabe o la iglesia de los Santos Julián y Basilisa de Bagüés. Asimismo, la incorporación de estas placas *random* en el conjunto de este curioso programa decorativo constituye otra muestra de ese carácter híbrido, al manifestarse la tradición prerrománica



Interior



Pila bautismal



Crismón

de las mismas, en convivencia armónica con la lombarda o jaquesa, que continúan y estilizan las formas constructivas y decorativas precedentes.

Al interior, el templo nos transmite toda su fuerza y espiritualidad. Su iluminación, escasa pero controlada, se consigue mediante cuatro pequeños vanos para ello dispuestos: el central del ábside, el del paramento sur, el vano cruciforme en el hastial este, y el del imafronte.

En la capilla gótico-renacentista se conserva una pila bautismal de piedra, bien trabajada y pulimentada. Presenta forma de copa, con una base circular muy rudimentaria sobre la que monta un doble tambor, también muy sencillo.

Lo más destacable reside en su escueta decoración. En primer lugar, tres peces en bajorrelieve dispuestos en Y, símbolo cristológico por antonomasia, referencia asimismo del misterio de la trinidad, la unión de las tres personas en una, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y del sacramento del bautismo inclusive. En segundo lugar, un friso de estrellas con bolas jaquesas en alternancia completa un reducido catálogo de motivos, no por ello menos interesante.

Un curioso elemento de gran importancia, sito en la bóveda absidal, lo protagonizan las "ánforas de resonancia

o acústicas" que se hallaron durante la restauración. Se trata de cuatro piezas, situándose una de ellas en la clave, y el resto alineadas a derecha e izquierda, cuya instalación constituye un recurso acústico para aumentar la reverberación, ya conocido en el mundo romano, y no del todo atípico en el arte medieval (contamos con el ejemplo de la iglesia de Saint-Jean-Baptiste de Grandson, en cantón de Vaud, Suiza); aunque en Barós, su colocación, en número escaso para lograr el efecto deseado, delata la falta de conocimiento o pericia del maestro, pero es un dato que ayuda a comprender el por qué la planta de la iglesia es de herradura al interior.

Junto al altar, el antiguo acceso a la sacristía, hoy tapiado, nos ofrece el último tesoro de este rico conjunto de Barós: una colección de placas decoradas, cuyo emplazamiento original no es seguro, pero que en la última restauración fueron trasladadas desde el muro sur de la derribada lonja, hasta este pequeño, pero destacado espacio.

Existen varias placas con decoración de entrelazo, dos que acogen la representación de un animal cuadrúpedo, y un crismón, de tipo cristológico (ya que carece de S), que se presenta en bajorrelieve con las letras P, X, alfa y omega. Algunos han pensado que su ubicación primitiva correspondería



Relieves reutilizados

con el acceso sur, es decir, sobre el trasdós de la dobladura lombarda (todavía son visibles las oquedades donde estuvieron empotradas). Allí se presentaría el crismón con los dos cuadrúpedos enfrentados, imitando toscamente el ejemplo jaqués. Cerrando el programa, las placas de entrelazo geométrico, motivo relacionado por Manuel Gómez de Valenzuela con algunos signos notariales, presentes en documentos originales aragoneses de los siglos XI y XII.

Sin ahondar excesivamente en los misterios que nutren las hipótesis de algunos estudiosos, se dirá que la amplía ri-

queza del conjunto hace dudar sobre su condición primitiva, que parece ir más allá de una simple iglesia parroquial. Quizá podría tratarse de un antiguo monasterio o monasteriolo. Esta tesis explicaría algunos detalles del conjunto, como la colocación de ánforas en la bóveda absidal, o la descrita placa que representa un abad, pudiendo así abrazar la idea de su posible tradición cenobítica.

Resulta harto complicado establecer una datación satisfactoria. La carencia de documentación, unida a la falta de acuerdo sobre la cronología de la Seo jaquesa, debilita una decisión ajustada para el análisis del entorno. Sin embargo, la mayor parte de los estudiosos coinciden en retrasar la construcción de la Iglesia de San Fructuoso hasta los años finales del siglo XI.

Texto: LAG - Fotos: AGO - Planos: PCB

Bibliografía

ACÍN FANLO, J. L., 2011, VI, pp. 111-113; AGERO, J. (coord.), 1993, II, p. 24; ARAMENDÍA, J. L., 2003a, pp. 149-152, figs. 245, 246, 247, 248, 249, 250, 252, 251; BORRÁS GUALIS, G. M., 1986, p. 91; BERRAONDO URDAMPILLETA, M. J., 1992, nº 157; BESCÓS, E., 1986, nº 122-123; CANNELLAS LÓPEZ, Á. y SAN VICENTE, Á., 1971, pp. 19-27; CARDÚS LLANAS, J., 1969-1980, X, p. 81; CASTÁN SARASA, A., 2008, p. 27; COBREROS, J., 1989, pp. 77-78; DURÁN GUDIOL, A., 1961, nº 45-46; DURÁN GUDIOL, A., 1965, I, pp. 37-38; DURÁN GUDIOL, A., 1973, pp. 174-177, figs. 28, 141, 142, 143, 144; ENRÍQUEZ DE SALAMANCA, C., 1983, pp. 131-132; ENRÍQUEZ DE SALAMANCA, C., 1987 (1993), pp. 65-66; GALTIER MARTÍ, F., 1989-1990, nº 6-7; GARCÍA GUATAS, M., 2002, p. 64; GARCÍA OMEDES, A., www.románicoaragones/Barós; GÓMEZ DE VALENZUELA, M., 1982, nº 36; ÍÑIGUEZ ALMECH, F. y SÁNCHEZ VENTURA, R., 1933, nº 27; LABAÑA, J. B., 1619 (2006), pp. 45, 46, 52; LACARRA DUCAY, M. C. *et alii*, 1993, p. 92; MADDOZ, P., 1845-1850 (1997), p. 109; MUR SAURA, R., 1992, nº 155; ONA GONZÁLEZ, J. L. y SÁNCHEZ LANASPA, S. (coord.), 2004, p. 334; ORTAS DURAND, E. y SÁNCHEZ SANZ, E., 2009, p. 51; UBIETO ARTETA, A., 1975, pp. 34-35; UBIETO ARTETA, A., 1984, IV, pp. 313-214; UBIETO ARTETA, A., 1993, pp. 88-89; ZAPATER, A., 1986, II, pp. 442-443.

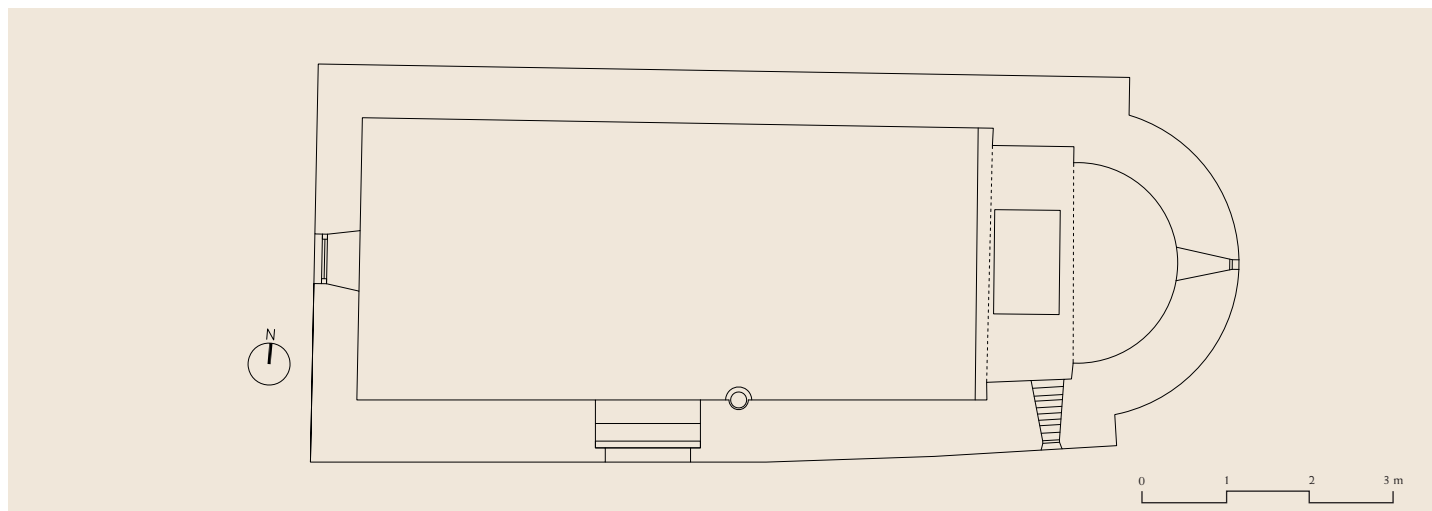
Ermita de Santiago

A LOS PIES DEL MONTE OROEL, esta ermita situada a unos 100 m más al sur de la iglesia de San Fructuoso, nos conmueve por su sencillez y pequeño tamaño. Su austeridad se acusa en la falta de un mínimo detalle decorativo, tanto en su apariencia externa, como en su compartimentación interna.

Sigue la estructura modular habitual: breve nave rectangular, reducido presbiterio, no acusado en planta, y escueto ábside semicircular con vano aspillerado y abocinado en su centro. Llama la atención en él su dintel con forma de arco de medio punto, signo de un posible reaprovechamiento.

Su aparejo es de sillarejo, con refuerzo de sillares en algunas partes de su estructura. La cubierta se compone de teja árabe en su parte superior y losa en el resto. La puerta de acceso abre en el muro del lado de la epístola, con arco de medio punto dovelado.

Tanto el presbiterio como el ábside reciben cubrición abovedada (medio cañón y cuarto de esfera respectivamente), mientras la nave se cubre con tejado a dos aguas y falso techo de madera. En el muro del evangelio se abre una ventana adintelada, derramada al interior por medio de una escalerilla, muestra de su factura popular y arcaizante.



Planta

Su pavimento nos sorprende por una cuidada decoración geométrica elaborada con cantos de río. La mayor parte de los autores coinciden en una datación correspondiente a principios del siglo XII.

Texto y fotos: LAG - Plano: PCB

Bibliografía

ACÍN FANLO, J. L., 2011, VI, p. 113; ARAMENDÍA, J. L., 2003a, pp. 149-152, figs. 253, 254, 255; BORRÁS GUALIS, G. M., 1986a, p. 91; BERRAONDO URDAMPILLET, M. J., 1992, n° 157; BESCÓS, E., 1986, n° 122-123; CANELLAS LÓPEZ, Á. y SAN VICENTE, Á., 1971, pp. 19-27; CARDÚS LLANAS, J., 1969-1980, X, p. 81; CASTÁN SARASA, A., 2008, p. 27; COBREROS, J., 1989, pp. 77-78; DURÁN GUDIOL, A., 1961, n° 45-46; DURÁN GUDIOL, A., 1965, I, docs. 22, 26, 49; DURÁN GUDIOL, A., 1973, pp. 174-177, figs. 141, 142, 143, 144; ENRÍQUEZ DE SALAMANCA, C., 1983, pp. 131-132; ENRÍQUEZ DE SALAMANCA, C., 1987 (1993), pp. 65-66; GARCÍA GUATAS, M., 2002, p. 64; LABAÑA, J. B., 1619 (2006), pp. 45, 46, 52; LACARRA DUCAY, M. C. *et alii*, 1993, p. 92; MADDOZ, P., 1845-1850 (1997), p. 109; MUR SAURA, R., 1992, n° 155; ONA GONZÁLEZ, J. L. y SÁNCHEZ LANASPA, S. (coords.), 2004, p. 334; ORTAS DURAND, E. y SÁNCHEZ SANZ, E., 2009, p. 51; UBIETO ARTETA, A., 1975, pp. 34-35; UBIETO ARTETA, A., 1984, IV, pp. 313-214; UBIETO ARTETA, A., 1993, pp. 88-89; ZAPATER, A., 1986, II, pp. 442-443.



Vista general



Santa María
la Real fundación